

PÁJAD DAVID



Publicado por las Instituciones Mikdash Ledavid, Israel

Bajo la presidencia y los auspicios del honorable, Morenu Verabenu, Ribí David Jananiá Pinto, shlita

Hijo del Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Moshé Aharón Pinto, zatzal, y nieto del sagrado Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Jaím Pinto, ziaa

MASKIL LEDAVID

Una fórmula segura para conservar la armonía en el hogar

“Una mancha de tzaráat que se encuentre en el hombre, y [éste] es llevado al cohén...” (Vaikrá 13:9)

La fuerza de la costumbre constituye una de las características importantes que el hombre debe adoptar y moldear en su persona para llegar a adquirirla de forma definitiva. Muchas veces sucede que el hombre debe afrontar situaciones difíciles que no puede evadir, por lo que debe acostumbrarse a ellas. De la misma forma, debe acostumbrarse a frecuentar el recinto de Hashem y acostumbrar su cuerpo y su alma a temas espirituales elevados. Así dijo David Hamélej (Tehilim 119:59): “Pensé mis caminos, y he de volver mis pies hacia Tu testimonio”; con esto, David Hamélej quiso decir: “Pensé en ir por aquí o por allá, pero, a fin de cuentas, fui al Bet Hamidrash. ¿Y por qué? Porque me acostumbré a ello”.

No obstante, así como, por un lado, la costumbre puede ser positiva y buena para el hombre, por el otro, puede producir un efecto indeseado, pues cuando la persona se acostumbra a algo, ello puede llegar a convertirse en algo monótono, y así, a la persona cada día le resulta igual que el anterior. Por lo tanto, lo que antes provocaba en la persona un despertar, una admiración, pasa a convertirse en algo rutinario y trivial. De la misma manera, cuando la persona se acostumbra a algo relacionado con lo espiritual, con el pasar del tiempo, dicha mitzvá deja de provocarle una admiración o estremecimiento. Por eso, el hombre debe “no acostumbrarse” a lo espiritual; más bien, debe renovar a diario y volver a asombrarse cada día, en condición de “que cada día sean a tus ojos como nuevos”. Acerca de esto rezó David Hamélej, y dijo (Tehilim 27:4): “Una cosa pedí de Hashem; eso es lo que he de pedir: sentarme en la Casa de Hashem todos los días de mi vida, apreciar la gracia de Hashem y visitar Su residencia”. David Hamélej, a pesar de haberse acostumbrado a estar en el Bet Hamidrash todos los días de su vida, de todas formas, él quería que esa costumbre fuera en condición de “visitar Su residencia”, y asombrarse e impresionarse siempre como si la visitara por primera vez.

La persona debe aplicar esta forma de conducirse—de ver todo de forma renovada siempre— en todo aspecto de la vida, tanto en la Torá como en las mitzvot, y así

también en su hogar. Cada uno deberá pensar en lo que escribió Ribí Jaím Vital, ziaa: el esposo debe saber que en el Mundo Venidero juzgan al hombre más según su comportamiento con los miembros de su hogar que con respecto a su comportamiento con las demás personas. A veces, el hombre se preocupa con abnegación por otras personas, pero, en cuanto a los miembros de su propia familia, él es como un extraño. Si así se comportare, será juzgado únicamente de acuerdo con su comportamiento para con los miembros de su familia.

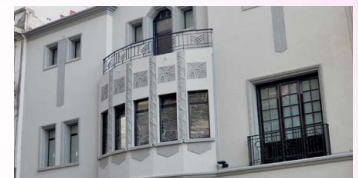
El Rambam, al final de *Hiljot Tumat Tzaráat*, destaca que “las manchas de tzaráat son una señal y una maravilla para Israel, para advertirle a la persona de que se cuidara de *lashón hará*, pues [en la época del Bet Hamikdash] el que se acostumbraba a decir *lashón hará* veía manchas de tzaráat en las paredes de su casa. Si se arrepentía, la casa se purificaba, pero si no se arrepentía y se mantenía en su maldad, tenía que cambiar las piedras de las paredes que tenían las manchas. Si aun así no cambiaba de parecer, surgían manchas en objetos de la casa, ya sean de cuero o de tela, sobre los que dicha persona se sentaba o acostaba. Si se arrepentía, todo regresaba a la normalidad; pero si no, le aparecían manchas dolorosas de tzaráat en su propia piel, era aislado de toda la sociedad—incluso de su propia familia—, de modo que no tuviera con quién conversar, ni hablar tonterías y chismes”.

Vemos que el tzaráat no afectaba de inmediato a la persona en su propio cuerpo, sino que le llegaba por etapas. A simple vista, el hombre que veía que le habían arrasado la casa ante sus propios ojos, ¿cómo no habría de abandonar sus malos caminos y dejar de chismear? Y más aún, si también le habían surgido manchas en la ropa y en la piel, al punto de tener que sentarse fuera del campamento, ¿no iba a volver en teshuvá? Si un hombre en dicha circunstancia no se arrepiente, se debe al tema que nos ocupa. Ciertamente, cuando el hombre comienza a hacer algo malo, con el pasar del tiempo, se termina acostumbrando a ello hasta que no le causa asombro ni miedo. Sin duda, la persona que veía tzaráat en su casa, al principio, se sorprendía de ver aquellas manchas en las paredes. Ciertamente, iba a consultarle al cohén *Talmid Jajam* para que le dijera de qué tipo de mancha se trataba, si era impura o pura, y le indicara el tipo de arrepentimiento que tenía que hacer, y lo reprochara por sus actos. No obstante, mientras dejaba que pasara el tiempo y no hacía nada, se iba enfriando aquel despertar en teshuvá, aquella emoción que había latido en él al principio. Y si no hacía teshuvá, le surgía tzaráat también en la ropa, con lo que se repetía este ciclo con el que se postergaba su consulta al cohén.

5 de iyar de 5785
3 de mayo de 2025

932

Tazría-Metzorá



Hilulá

5 de iyar
Ribí Efraim Nabón.

6 de iyar
Ribí Jaím Sithón,
autor de *Éretz Jaím*.

7 de iyar
Ribí Shelomó Lintshitz,
autor de *Kelí Yakar*.

8 de iyar
Ribí Jizkiá Hadad,
autor de *Keren David*.

9 de iyar
Ribí Avigdor Kara,
autor de *Hakané Hagadol*.

10 de iyar
Ayuno de Tzadikim por la
muerte de Elí Hacohén
y sus dos hijos.

11 de iyar
Ribí Naftali Tzvi de Rofshitz,
autor de *Ayalá Shelujá*.





BAMSILÁ naalé

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Influir a los demás para cumplir la voluntad Divina

En una oportunidad, quise transmitir un mensaje crucial al público. Para ello, era imperativo que lo oyera la mayor cantidad posible de personas, por lo que decidimos efectuar una rifa entre los participantes de la clase, lo cual atraería a la gente a oír la palabra de Hashem. Como es sabido, cuando actuamos por motivos ulteriores, finalmente llegamos a actuar por amor al Cielo.

Tal como pensábamos, el salón se llenó. Gracias a Dios, logré transmitir mi mensaje y, aparentemente, la audiencia lo había aceptado. Al final de la noche, se llevó a cabo la rifa. Por alguna razón, los ganadores se negaron a aceptar sus premios. Volvimos a realizar el sorteo y nuevamente los ganadores se negaron a recibirlos. Durante esa época, me enteré de que había una persona que envidiaba el gran éxito que tenemos en brindar méritos al público, y echó a correr el rumor de que Ribí David Pinto compraba a la gente con premios. Me angustié terriblemente al oír eso. Se trataba de palabras vacías, pronunciadas con el único objetivo de sembrar la discordia. En respuesta, permanecí callado y no reaccioné.

Un tiempo después, me encontré con un antiguo alumno que no había asistido a esa clase. Le pregunté por qué no había participado, y me repitió las palabras que había divulgado ese judío celoso: no había querido tomar parte de la clase porque creyó que yo compraba a la gente con dinero. Poco después de este encuentro me enteré de que este alumno se había quitado la *kipá* y abandonado todo el yugo de la Torá.

Entonces, decidí que las cosas ya habían llegado a un punto crítico. Me dirigí a la persona que originalmente había promovido los rumores en mi contra, y le dije firmemente: “Mire hasta qué punto llegaron sus actos. A causa de la envidia y las calumnias, provocó que un judío abandonara la Torá y la observancia de las mitzvot, y lo alejó del camino correcto. ¿Qué dirá usted cuando deba rendir cuentas por lo que hizo?”.

Me entristeció en gran medida que mi alumno abandonara el camino de la Torá. Pero aprendí una gran lección con respecto a la enorme responsabilidad que tiene quien brinda méritos al público. Tal como uno tiene la posibilidad de brindar méritos, de nutrir y acercar a las personas al Creador, así también puede provocar que otros caigan, Dios no lo permita. Así como podemos influir sobre los demás para bien, también es posible llevarlos a pecar.



DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Qué se puede aprender de la sangre del pájaro degollado

En el proceso de la purificación del *metzorá* (‘persona afectada con manchas de *tzaráat*), el versículo (*Vaikrá* 14:4-6) dice: “Y ordenará el cohén y tomará para el que se va a purificar dos pájaros vivos puros [...] y degollará a uno de los pájaros sobre un tazón de barro”. Rashí explica: “Ya que las manchas de *tzaráat* provienen debido a que se transgredió la prohibición de *lashón hará* (‘chisme’), el cual es un acto de habladurías, el hombre, para purificarse, tiene que traer dos pájaros, los cuales se la pasan ‘hablando’ constantemente con sus chirridos”.

A simple vista, esto requiere de una aclaración. Si los pájaros aluden a la habladuría con la que la persona transgredió, ¿por qué la Torá le ordenó a la persona traerlos cuando ya está en la etapa final de su purificación, en la que ya se arrepintió de su pecado y ya le desaparecieron las manchas de *tzaráat*? ¿La persona debería traer los pájaros en la etapa inicial de su purificación, cuando recién le aparecen las manchas de *tzaráat*? De esta manera, reconocería que su conducción no fue la correcta, habló de más, como un ave que chirría constantemente. Pero ¿qué se gana al recordarle acerca de su transgresión ahora, después de que ya se encuentra en la culminación de su purificación?

Más bien, se puede aprender la respuesta de la siguiente alusión: a un hombre enfermo le podrían aplicar dos drogas: el propósito de la primera droga es la de sanarlo de su enfermedad; y el de la segunda es el de servir como medicina preventiva, una vez que el hombre esté sano. Así es el tema del enfermo de *tzaráat*: en la primera etapa, tiene que sanar de la impureza de su *tzaráat*, como dice el versículo (*Vaikrá* 13:45): “Sus ropas estarán desgarradas, su cabeza con los cabellos sin cortar, cubierto hasta su bigote [...] aislado se sentará; fuera del campamento, es su asentamiento”. Rashí escribe: “Debido a que él separó, con su chisme, a un hombre de su mujer, a un hombre de su prójimo, entonces incluso él deberá ser separado”. Cuando se sienta aislado de los demás, indudablemente, hará una introspección acerca de por qué le sucedió aquello, y se arrepentirá y se purificará de su transgresión. Ciertamente, después de purificarse, el hombre necesitará de una “medicina preventiva” a fin de no volver a caer en dicho pecado. Por ello, la Torá ordenó que el que se purifica de *tzaráat* tiene que traer dos pájaros, los que le recordarán nuevamente el pecado que cometió, pues él también “chirrió” como un pájaro. Así se cumple en aquel transgresor, lo que dijo David Hamélej (*Tehilim* 51:5): “Y tengo mi pecado frente a mí siempre”; por medio de recordar siempre el terrible pecado que cometió y comprender por qué le sobrevino el mal de las manchas de *tzaráat*, así se cuidará de no volver a pecar mediante chismes o calumnias, tal como lo hizo al principio.

Al avergonzar al compañero, a toda voz, por medio de la calumnia, el ofensor se ve obligado a traer dos pájaros, de los cuales uno es degollado y el otro permanece vivo. El degollado representa al compañero del cual uno habló calumnias o chismes, pues es como si lo hubiera degollado; mientras que el pájaro que permanece vivo representa al pecador. Entonces, el cohén sumerge el pájaro vivo en la sangre del pájaro degollado para grabar en la persona la impresión de su pecado del *lashón hará* que dijo; y, de esta manera, la persona recordará todos los días la sangre de su compañero, que “derramó” con el aliento de su boca que gastó en chismear. Por eso, su cuerpo es “pintado” con la sangre del pájaro degollado; todo esto se realiza para que la persona tenga siempre delante de sus ojos el mal que hizo al calumniar o chismear, a fin de que no lo vuelva a hacer.



DIYRÉ JAJAMIM

El ataque de tos se detuvo gracias al balcón del vecino

“Ésta será la ley del metzorá en el día de su purificación.” (Vaikrá 14:2)

El hecho de estar viviendo en un mundo tan competitivo provoca que veamos las cosas de forma competitiva, no alentadora. Entonces, cuando vemos que el prójimo tiene éxito esto puede producir el peligroso “virus” de la competencia, anti fomentadora, con pensamientos como: “¿Está extendiendo su casa? ¿Está construyendo? ¿Está teniendo más ingresos? ¿Por qué a él le corresponde eso? ¿Por qué toda esa riqueza cae precisamente en su porción? ¡Si somos vecinos! ¿Por qué precisamente él tuvo el mérito de ese trabajo tan remunerador, desde su casa, la que está ensanchando, para su esplendorosa familia?”.

Pensamientos como estos se encuentran bajo el título de “ojo estrecho” o “envidioso”, una de las razones por la cual, en la época del Bet Hamikdash, surgían en la persona las manchas de *tzaráat*, de cuya purificación trata la parashá que nos ocupa. La envidia es el resultado más natural y normal que surge de los sentidos del hombre en un mundo competitivo. Esto no quiere decir que la envidia sea justificada. ¡Al contrario! Es más justificado el hecho de comprender que cada hombre amerita lo que amerita; y si aquel hombre no le hace daño a uno, entonces, ¿por qué no alentarlos? ¿Por qué no alegrarlo cuando tiene algo que celebrar?

¡Esa es la verdadera fórmula de la felicidad! Confiar y entender que no hay persona en el mundo que me pueda quitar nada de lo que me corresponde. Y, por ende, no hay motivo alguno para quejarse o para no alentar a quien tiene éxito, a quien se expande, a quien todo le llega con facilidad y abundancia en la vida. Me regocijo, porque el otro se regocija; estoy alegre, porque el otro está alegre; entonces, lo aliento, lo felicito de todo corazón y me alegro por él.

El Gaón, Ribí Abraham Nój Pali, quien fungió de Mashguáj en la Yeshivat Jevrón, sufrió de asma muchos años. No fueron pocas las veces en las que tuvo ataques molestos de tos en medio del *séder* de estudios, que lo obligaban a salir del recinto para respirar aire fresco hasta que se le normalizara la respiración. A veces, tenía que abandonar a sus alumnos en medio del estudio, y salir a descansar.

Un día, Ribí Pali estaba disertando su clase con palabras iluminadoras. De pronto, se empezó a poner colorado, su respiración se hizo pesada y ruidosa, y procedió de inmediato a salir del aula en busca de aire fresco. “Ese es otro ataque severo...”, se dijeron los alumnos. “Es una lástima que se interrumpa nuevamente la clase por quince o veinte minutos”.

Pero, para el asombro de los alumnos, luego de un minuto y medio, el Rav apareció por la puerta del aula, con buen semblante y respiración normal, y procedió a concluir la clase, como si nada hubiera sucedido tan solo hacía un par de minutos. Los alumnos se miraron unos a los otros sin poder comprender qué había sucedido. Hacía dos minutos, el Rav había comenzado uno de sus severos ataques de asma, ¿cómo podía ser que se había recuperado tan pronto?

Al terminar la clase, los alumnos se dirigieron al Rav y le preguntaron: “Díganos, Rav, vimos que este ataque que tuvo fue tan fuerte y grave como los previos que ha tenido, de los cuales, por lo general le toma muchos minutos recuperarse. Nos alegra enormemente que esta vez se haya recuperado y regresado a la clase en tan corto tiempo, pero ¿cómo pudo ser?”.

El Rav sonrió y les dijo: “Tengo un vecino que hace mucho tiempo que quiere expandir su pequeño apartamento, en el cual vive con su numerosa familia, pero la interminable burocracia le ha estado impidiendo el avance del proyecto. No obstante, hoy, cuando salí a la calle para respirar aire fresco y recuperarme, ¿saben qué vi?”. Los alumnos esperaban con expectativa la respuesta, y el Rav sonrió, y, con ojos brillantes, les dijo: “¡Llegaron los tractores! ¡Mi vecino comenzó la expansión de su apartamento! ¡Baruj Hashem! En ese mismo instante, sentí un alivio en el corazón y se me compuso la respiración al ver que mi vecino puede expandir sus límites. ¡Cuánto me alegré por eso! ¡Tanto, que se me compuso la respiración!”.

Ribí Pali concluyó su explicación; y la sonrisa permaneció dibujada en su rostro durante largo rato, con solo pensar en la expansión que había ameritado su vecino, lo cual lo alegraba enormemente (*Umatok Haor*).



PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

Por las palabras del Sabio

“Y verá el cohén la mancha en la piel de la carne, y el pelo de la mancha se tornó blanco, y la apariencia de la mancha es más profunda que la piel de su carne; es una mancha de *tzaráat*; y la verá el cohén y lo impurificará.” (Vaikrá 13:3)

Ribí Yaakov Amado de Izmir, *zatzal*, en su libro *Imré Emet*, dice que cabe precisar del versículo, ¿por qué volvió a decir “y la verá el cohén”? ¿si ya lo dijo al principio: “y verá el cohén”!

Explicó el Rav, de acuerdo con lo que escribió el Rambam en “*Hiljot Tumat Tzáráat*”: “A pesar de que cualquiera puede examinar las manchas de *tzaráat*, la pureza y la impureza dependen solo del cohén. ¿Cómo es esto? Si el cohén no sabe examinar las manchas de *tzaráat*, un *Talmid Jajam* que no es cohén y que es experto en manchas de *tzaráat* puede examinar la mancha y decirle al cohén que diga que es pura o que es impura, o si la persona tiene que ser o no aislada. Pues así dice el versículo: “De acuerdo con ellos (los cohanim), se determinará cualquier pleito o mancha”.

Y Rashí escribió (*Tratado de Arajín* 3a) que aun cuando no haya un cohén experto en manchas, de todas formas, el cohén debe ver la mancha junto con el *Talmid Jajam* experto en manchas, y de acuerdo con la apreciación de este, el cohén dirá puro o impuro, según lo que le diga el *Talmid Jajam* experto.

Eso es lo que dice el versículo: aun cuando el cohén que esté disponible en el momento no sea experto en manchas y se requiera de mostrar la mancha a un *Talmid Jajam* (que no es cohén) experto en manchas, entonces, el *Talmid Jajam* no podrá impurificar; asimismo, el cohén tampoco podrá decir que es impuro si no ha visto la mancha él mismo. Por eso, el versículo repite “y verá el cohén”, para enseñar que en un caso como éste es necesario que, además del *Talmid Jajam* experto en manchas, también el cohén vea las manchas, pues el versículo dice:

“y lo verá el cohén y lo impurificará”.

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ



La armonía entre los hombres es la clave de todo éxito

En esta época, entre Pésaj y Shavuot, fallecieron veinticuatro mil alumnos de Ribí Akivá.

Los estudiosos señalan el hincapié que hicieron nuestros Sabios, de bendita memoria, en varios lugares del Talmud, donde nos cuentan que “Ribí Akivá tenía doce mil parejas de estudiantes”. ¿Cuál es la intención de hablar precisamente de “parejas”? ¿Por qué no dijeron simplemente “veinticuatro mil alumnos”? Si, por ejemplo, habláramos de la cantidad de estudiantes que tiene la yeshivá de Mir, diríamos que allí estudian unos seis mil alumnos y avrejim; ¡no diríamos que allí estudian tres mil parejas de estudiantes! ¿Cierto?

Nuestros Sabios, de bendita memoria, resaltaron que en la yeshivá de Ribí Akivá, los alumnos sobresalían en la cualidad de “unión de amigos”. En la yeshivá de Ribí Akivá —quien sostenía que “Una gran regla de la Torá es: amarás a tu prójimo como a ti mismo”—, no estudiaron veinticuatro mil alumnos, sino doce mil parejas de estudiantes que estudiaban juntos. Ellos no eran alumnos individuales, sino, precisamente, parejas que estudiaban juntas y se las arreglaban muy bien. A pesar de eso, se podía reclamar precisamente contra los alumnos de Ribí Akivá que debían haber observado las mitzvot “entre el hombre y su compañero”.

Ribí Shemuel Baruj Guenut cita en nombre de Tzadikim, que la tradición de la Torá se transmitió de generación en generación por medio de la *derashá* de Ribí Akivá. Ellos no eran simples estudiosos de Torá, sino que eran transmisores de la Torá. Esta labor exigía de los que llegaban a ese Bet Midrash —en donde se originó y estableció el fundamento de la Torá Oral, que fue transmitida a las generaciones siguientes— que estuvieran en el nivel más elevado, como es propio de los que transmiten la Torá y la heredan. No se trataba de personas “particulares”, sino de los que tenían la función de transmitir la Torá que había traspasado desde Moshé Rabenu hasta Ribí Akivá, y de Ribí Akivá a sus alumnos, y de éstos a las generaciones

siguientes. Por ello, los alumnos de Ribí Akivá fueron castigados de forma tan severa, pues la cadena de la Torá no podía ser transmitida y pasada al siguiente eslabón en la condición en la que ellos se encontraban, carentes de las buenas cualidades entre el hombre y su compañero.

Buena para el compañero, pero no para sí mismo

Una vez, al Bet Midrash del adinerado Sr. Tzvi Nauvinski, *zal*, llegó un *darshán*, a quien le solicitaron que disertara delante de la congregación que rezaba y estudiaba en el Bet Haknéset particular del señor Nauvinski. El rico no aceptó que el *darshán* disertara, pues sostenía que él mismo estaba estudiando en el Bet Midrash, y la disertación de aquella persona iba a molestarle en sus estudios particulares. El *darshán* le respondió al rico, y le explicó que él y su familia se sustentaban del dinero que él recolectaba del público después de las *derashot* que disertaba en los distintos lugares que visitaba. Mientras el rico y el *darshán* estaban deliberando, ingresó al lugar Ribí Israel Salant, *zatzal*, el fundador del movimiento de *musar*; éste le hizo una pregunta interesante al rico: “¿Por qué Hilel habló de forma negativa, al decir: ‘Lo que odias que te hagan a ti no se lo hagas a tu compañero’ y no habló de forma positiva, diciendo: ‘Lo que a ti te gusta que te hagan a ti mismo, hazlo a tu compañero’?”.

Luego de formular la pregunta, Ribí Israel mismo la respondió: “La respuesta es que, en efecto, no se puede decir de forma positiva, ‘lo que a ti te gusta, hazlo a tu compañero’, porque no todo lo que es bueno para ti es bueno para tu compañero”. En este instante, Ribí Israel se dirigió al rico: “Para ti, indudablemente, es mejor sentarte a seguir estudiando Torá, tranquilo, en silencio. Pero para el *darshán*, no es bueno precisamente en estos momentos sentarse a estudiar en lugar de disertar, ya que de ello depende el sustento de su familia. Esto es porque para poder estudiar se requiere de claridad

mental; y la mejor forma de sentarse a estudiar con paz y tranquilidad es estando saciado. Ahora, piensa en lo siguiente: si alguien llevara a cabo una acción que es buena, pero que para ti particularmente no lo es, sino que, incluso, te provoca un daño, ¿estarías contento? Eso es lo que quiso decir Hilel cuando dijo: ‘Lo que odias para ti mismo, no se lo hagas a tu compañero’, que significa: no le hagas a tu compañero mal, a pesar de que para ti mismo es algo bueno. Por ello, por favor, permítele al expositor disertar”.

El Rav Guenut agregó una anécdota relacionada con este tema: “En Jol Hamoed Pésaj, hace algunos años, tuve el mérito de presentarme ante mi Rav y mi Maestro, Rabenu Harav Jaim Kanievski, *zal*. Le hice unas preguntas acerca de Pésaj, y tuve el mérito de recibir la bendición del Tzadik de la generación. Como vi que la alegría de la festividad lo embargaba y que se encontraba sumergido en un gran regocijo, como acostumbra en todos los días de las Festividades, reuní coraje para contarle acerca de las grandes discusiones y pleitos que a veces plagan el campamento de los temerosos de Hashem. Le conté acerca del menosprecio que sufren los *Talmidé Jajamim*, la ofensa de la que son blanco, por lo que debe ser completamente inconcebible la pelea y la discusión en todo momento. Esto es particularmente reprochable cuando esa falta de respeto que dichas discusiones producen proviene del campamento de los que observan la Torá y las mitzvot, en que todos cumplen la Torá y las mitzvot con amor y temor. Le pedí a Marán un consejo al respecto para transmitirlo a las masas: ¿cómo podemos reforzarnos juntos para reducir la falta al respeto y el desprecio en medio del campamento de los temerosos de la palabra de Hashem?

El Rav Kanievski me respondió que el consejo es muy fácil y simple: invertir todo el ser y el alma en el estudio de la Torá, y no ocuparse de temas que no están relacionados con el estudio. “Pues el estudio de Torá sopesa contra todo lo demás, y la Torá es la cura de todo”.



“Prueben y vean cuán bueno es Hashem”

Anuncio importante: *Besiatá Dishmaíá*,
los shiurim de Morenu Verabenu,
el Admor, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*,
están disponibles en hebreo, español, inglés y francés

en el sitio web de Kol Halashón
o llamando directamente al teléfono

+972733-718-144

Para recibir un divré Torá a diario

de Morenu Verabenu el honorable Admor,
Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*
- Envíe un mensaje al número apropiado -

Francés

+972587929003

Inglés

+16467853001

Hebreo

+972585207103

Español

+541141715555